

## MALDITOS LABERINTOS...



- **S**i señor, baje al subsuelo por la tercera escalera, doble a la derecha hasta la segunda puerta a su izquierda y luego, vuelva a subir por la escalerita hasta el entrepiso - me dice con mucha de esa cordialidad automática y prefabricada a la que están acostumbradas, una de las empleadas de informes y orientación del enorme hospital.

Le agradezco con una tímida sonrisa y me marchó, aunque oscilando a cada paso - como un tierno adolescente -, entre confundido y angustiado. No pude seguir preguntado más de nada, pues detrás de mí, una mujer se impacientaba ante mi lerda inexperiencia hospitalaria y ella parecía tener mejores preguntas que las mías: - *Hola María, ¿Ya pasó el Dr. Fulano? ¿Quién esta de ginecóloga en los consultorios de arriba?* - Y claro, como dice una vecina mía que es gallega: “para el que sabe, todo es fácil...”

Pensaba que entregar la muestra de materia fecal de mi hijo, para un análisis muy especial, no podía llevarme más de diez a quince minutos... pero algo me dice que me llevara más tiempo. Mucho más.

Comienzo a deambular por los pasillos, acompañado de cierto incomodo temor, tratando de entender a los fríos carteles señaladores, que impávidos, se mezclan con soberbia entre las paredes pintadas en un vomitivo color gris sucio. Soberbios e inentendibles. Por lo menos para mí.

Rayos, Calderas, Intendencia, Archivos, proclaman en letras mayúsculas y negras sobre fondo ocre pálido, con flechas negras apuntando para cada lado. Aparecen y desaparecen como bailoteando ante mis confundidos ojos, cuando ingreso por una de las puertas que creí, era la que me indicaron. Parasitología - sin embargo-, no aparece por ningún lado. Y es justo lo que busco.

- *Pero yo la voy a encontrar a Parasitología, carajo. Soy hombre, soy macho... y yo puedo* - me repito, intentando darme valor y respirar hondo, para defenderme de esa creciente sensación de “inútil, bueno para nada” que comienza a anudarse fuerte en mi garganta - *¿Como que no la voy a encontrar? Yo puedo. Yo puedo. Yo puedo. Yo puedo... ¿Realmente podré?*

Dos hombres pasan caminando apresurados y uno de ellos, choca accidentalmente con mi brazo, en el que llevo el frasco con el análisis. Milagrosamente consigo que no caiga y

cuando giro la cabeza hacia atrás, exigiendo una disculpa, los veo forcejeando inútilmente con una de las puertas al final del solitario pasillo.

Son dos hombres que están pálidos y muy nerviosos, pero no intercambian siquiera una mínima palabra. Calculo que tendrán alrededor de treinta años o más. Ambos visten pantalones vaqueros de color azul lavado y unas zapatillas de marca muy caras; uno luce un delgado pulóver gris y el otro, una campera negra de cuero. Ambos cargan con unos humildes y simples bolsos, colgando pesadamente de sus manos. Sueltan la puerta y regresan muy apresurados, desandando el impenetrable pasillo.

- *¿Que les pasará a estos dos tipos? ¿Serán padres ansiosos porque sus respectivas mujeres están a punto de dar a luz? ¿Acaso hermanos, que acaban de enterarse que internaron de urgencia a su anciana madre? ¿O empleados, que se demoraron más de la cuenta al donar sangre y ahora, temen llegar demasiado tarde a sus trabajos?* - me pregunto en mi interior, mientras me aprieto contra la pared para dejarlos pasar.

Vuelvo a internarme entre los recovecos de milenarias catacumbas, abigarrados matorrales y enigmáticas selvas. Como un experimentado arqueólogo, descubro el tablero central de electricidad del nosocomio, las humeantes y sonoras calderas, entre las cuales se pasean unas famélicas y arrugadas figuras humanoides, que miran relojes y ajustan unas antiguas válvulas. Solo se dignan a mirarme con desprecio, por un insignificante instante, como queriendo desalentar cualquier pregunta. Hasta que diviso en el fondo a una escalera de caracol, de metal verde oscuro e impregnada con una grasa sucia. Por lo menos es una salida y algo, es algo.

Comienzo a subirla con cuidado. Un piso, dos pisos y recién en el tercero, aparezco en un salón enorme, repleto de camillas destartadas, botiquines desvencijados, latas de pinturas, polvo y tierra milenaria, jeringas de vidrio y una insólita colección de inodoros y de chatas apiladas, que no parecieran demasiado ansiosos por cumplir con sus coprológicos destinos.

Atravieso el deprimente y sucio mausoleo, hasta que descubro una puerta cerrada por un sólido pasador, al cual descorro sin mayor problema. En mi fantasía, creo haberme imaginado el esqueleto de alguno que otro caminante, perdido como yo en aquel inmenso y árido nosocomio...

Descubro abierta una ventana y me asomo, para respirar un poco de aire puro. Creo que me lo merezco. Hago un balance de mi recorrido: ¡Buscando el primer subsuelo, aparezco en el tercer piso!. Son sorprendentes e increíbles los insólitos logros que se pueden obtener, en nuestros complicados e inexplorables centros de salud... Afuera, la ciudad sigue su rutinario curso. La sirena y las luces de un auto patrulla de la policía que pasa apresurado, hasta me parece familiar y me ayuda a recomponerme, en mi aturdida y confundida cabeza.

Me lanzo intrépido por una vieja escalera de mármol, resquebrajada y muy gastada por el uso. Y luego, siguiendo una secreta intuición, me aventuro osado por un largo y oscuro corredor. Escucho unas voces de mujer y me alegro. Me acerco hasta una puerta y descubro a dos mujeres cincuentonas, muy obesas y rollizas, enfundadas en insuficientes corpiños,

charlando animadamente. Pero ni siquiera alcanzan a escucharme y al verme, asustadas me cierran la puerta violentamente en mis narices. Afortunadamente, el frasco con análisis se salvo otra vez, claro que ahora por muy escasos milímetros.

Sigo avanzando solo, deprimido y muy angustiado, navegando por las profundas entrañas del maldito monstruo, al que llaman policlínico. Vuelvo a cruzarme con los dos apresurados hombres, pero ahora tengo la experiencia suficiente y me arrinconan automáticamente. Cuando pasan a mi lado, parecen desesperados y tan perdidos o más, incluso que yo mismo. Me sonrío y al no sentirme solo en mi desorientación, hasta me sirve de consuelo. Tan bruto e inútil al fin y al cabo, no soy. O si lo soy, por lo menos no soy el único.

Otra maldita escalera me deposita en una sala enorme, atiborrada de armarios y papeles de apagados y viejos colores. Lo único que brilla son los matafuegos y el guardapolvo blanco de una empleada muy anciana, pequeña y arrugada como una vulgar pasa de uva. Me sonrío detrás de sus enormes, gastados, anticuados y negros anteojos, que parecen dos “culos de botella”. Me estudia y en señal de triunfo me apunta con su dedo, cierra un ojo poniendo cara de picara, mientras cree haber hecho un diagnóstico exacto y muy preciso: - *¡el señor esta perdido!..* Detrás de ella, un hombre de su misma edad y enfundado en un gastado y grisáceo mameluco, detiene el trabajo de su escoba y levantando la mirada, protegida por unas abultadas cejas, comenta sin pudor y lapidario: - *y si, cada tanto se aparece por acá algún boludo...*

- *En todo caso, somos tres los boludos...* - le replico indignado, recordando a los otros dos hombres extraviados, aunque no creo que me hayan entendido e incluso, hasta es posible que se hayan creído que se los decía por ellos.

Subo por otra escalera y bajo por otra, más allá. Agarro por un estrecho corredor vacío y me encuentro con una puerta cruzada por trancas, cerrojos y candados. Y por si quedara alguna duda, un cartel enorme proclama “Puerta Clausurada” (donde algún gracioso le raspo la e y la r, a la primera palabra). ¿Le faltara algo a este edificio de salud, para llegar a ser un maldito y complicado laberinto? Me doy vuelta y otra vez, aparecen los otros dos naufragos perdidos, compañeros de desgracias que hasta me sirven de barato consuelo. Ahora no caminan, corren y al ver la inexpugnable puerta tan herméticamente cerrada, se detienen en seco y largan un ordinario y repugnante insulto, digno de lo más profundo del infierno. Con una sonrisa cómplice, me pegoteo firmemente a las paredes mientras ellos pasan, cuidando celosamente a mi precioso paquete con su análisis y les respondo “amen”, a su espontánea y blasfema oración pagana.

Ellos eligen un lado del pasillo y yo, por cábala, elijo el opuesto. Total, perdido por perdido, prefiero probar mi propia suerte. Otra escalera mas y aparezco en otra pequeña ventana, con una nueva y alivante cuota de aire puro. Me asomo y con sorpresa, compruebo que en el cielo y sobre el hospital, sobrevuela estacionado un helicóptero y además en la calle, se observan a varios - demasiados - patrulleros. Algo “grosso” debe estar pasando. ¿Que será?.

Otra escalera. Puertas. Largos pasillos que no conducen a ninguna parte, como haciendo alarde de la inagotable capacidad de arquitectos e ingenieros para diseñar bobadas muy

difíciles, exclusivas de los ambientes de hospital. Hasta que por fin y de pura casualidad, aparezco nuevamente en el hall de entradas, donde termino rendido, derrotado, ante el altar de la empleada de orientación e informes.

Espero nuevamente mi turno y esta vez, la empleada me señala a una rubicunda mujer con guardapolvo verde, que conversaba animadamente con ella: - *La señorita es la secretaria de parasitología. Vaya con ella* - La confianza en mi mismo, regresa al mismo tiempo que lo hace una extraña e incomoda sensación de protección, similar a la que sentía de estar al lado de mi madre, cuando tan solo tenía cinco años. Me convengo de que eso no debería importarme, que entrego el análisis y después, me voy - desaparezco - y me olvido de todo...

Mientras camino obediente a un paso detrás de ella, veo salir a mis dos compañeros de aventuras “perdidos en el espacio exterior”. Están con sus muñecas esposadas, y custodiados por decenas de policías. Un escalofrío demasiado espeluznante, me recorre despacio la columna vertebral, aprisionándome todo el cuerpo y explotando sonoro, muy sonoro y retumbante, en mi desorientada nuca.

- *Pero... ¿qué pasa? ¿Por qué se los llevan presos?* - alcanzo a preguntarle balbuceando y casi automáticamente, a mí improvisada y transitoria madre postiza.
- *Esos dos tipos asaltaron a la Tesorería del Hospital, pero después se perdieron en el subsuelo y no podían salir, pues no encontraban la salida... Eso les dio tiempo a la policía y así, los pudieron agarrar. En el subsuelo, hasta nosotros mismos a veces nos perdemos...*

Entregué el análisis y raudamente, me retiré. Esta vez, encontré la salida con demasiada facilidad y nuevamente, respiré en grandes bocanadas el aire libre de la soleada mañana. Libre, otra vez libre...

En la explanada de ingreso de ambulancias, el almidonado director médico del Hospital, estaba rodeado de una gran cantidad de afiebrados periodistas y curiosas cámaras de televisión. Alcancé a escucharlo y quedé asombrado de tanto cinismo del más puro, en una sola persona:

- *Gracias a la esforzada tarea de nuestro muy eficiente Cuerpo de Vigilancia, se logró reducir rápidamente a los cacos, hasta que llegó la policía y se hizo cargo.*

No pude reprimir una estruendosa carcajada y alguno que otro periodista, se dio vuelta con cara de sentirse molesto ante mi espontánea y sonora opinión. Me encogí de hombros y me retiré “silbando bajito”. Un único y exclusivo pensamiento, no podría apartar ya jamás de mi perdedora y avergonzada mente: ¡Malditos laberintos...! ¡Malditos laberintos...! ¡Malditos laberintos...! ¡”Minga” que voy a volver para hacerme el chequeo al hospital, mientras me sienta bien! ¡No quiero perderme en los pasillos otra vez!

